## EL OLVIDO EN BAHÍA SONORA

**María José Miranda Marrugo**

Estudiante 3 semestre Facultad de Medicina

Universidad de Cakldas**.**

Pseudónimo: Miranda Abrahams

Bajo aquella vieja piel arrugada, entre caídos párpados, Teresa observa sus manos, sus uñas, y las rayitas que se pronuncian en sus dedos cada vez que los estira. Observa las venas que se tornan de color verde azulado, ramificándose y sobresaliendo en el dorso de sus manos, esas con las que ha sentido el agua fría del mar cuando apenas amanece, la arena áspera e infinita de la playa, el latir del corazón de un recién nacido, y otras manos, manos gélidas de alguien que ya no está, de alguien que ya se ha ido. Mira el reloj en su muñeca, son las doce y cuarenta del medio día, hace calor y tiene sed; le dice a Henry, su nuevo editor, que por favor pida algo de beber para ambos. Teresa aún contempla el reloj en su muñeca, e imagina cómo el engranaje diminuto de esas poleas funcionan sin hacer ningún ruido, o al menos imperceptible a sus oídos. Se encuentran en un restaurante justo frente a Sound Bay, su playa preferida desde que es una niña; el calor casi insoportable es mitigado por la suave brisa que acaricia sus mejillas y que juega danzante con sus cabellos grisáceos.

-como te decía Henry, encontrar personas de confianza para trabajar en un medio como éste ha sido siempre el obstáculo del escritor, trabajar con personas como tú, que protejan mi obra, y lo más importante, en quienes yo pueda confiar- Dice Teresa con un tono parsimonioso. Henry asiente y sonríe. No la interrumpe.- No puedo exponerme, tengo la seguridad que mi manuscrito estará en buenas manos contigo.

-Así será Teresa.

Se escuchan gaviotas a lo lejos, a su mesa llega un joven con una botella de vino tinto.

-Ordené un Carmenere, porque estamos celebrando ¿Cierto?- Dice Henry animado.

Ambos observan cómo el joven descorcha la botella y sirve un poco de vino en la copa, Henry lo oxigena, lo huele y lo prueba, el joven está a la expectativa, Henry asiente en señal de aprobación y el joven vierte el vino hasta la mitad de la copa.

-¿Teresa?

Ella distraída, escudriña unos segundos al joven, su rostro se le hacía familiar, pero pronto desvía su atención nuevamente a Henry y al vino.

-Me habías dicho que preferías un té de hierbas, acá tienen el mejor té.-Le dice Henry

-¿En serio te lo dije?-Frunce el ceño y responde pensativa-seguro que sí- luego se dirige hacia el joven - me apetece un té de hierbas. Llama su atención que el joven viste diferente al resto de los meseros del lugar, un atuendo más casual, y no lleva delantal; luego piensa en lo bueno que sería bañarse en el mar con ese calor. Se queda inmersa en su pensamiento hasta que vuelve en sí, y ve que Henry no está en su silla, lo busca en el salón con la mirada y observa que habla con el joven, ambos dándole la espalda; ella no da mucha importancia. Vuelve a mirar sus manos, tiene las uñas sucias de pintura, recuerda que tiene un lienzo esperándola en la terraza de su casa. Es un recuerdo vago, lejano. Teresa se siente distanciada, siente que su alrededor se torna onírico. Henry regresa a su asiento.

Piden de comer, hablan acerca de su próxima publicación, y al cabo de una hora y media Teresa se despide de Henry, él insiste en acompañarla a su casa, pero ella prefiere ir sola; su casa queda a unas pocas cuadras, también frente a Sound Bay.

Decide caminar por la playa, siente la arena entre sus dedos, observa el horizonte, el límite entre el cielo y el mar, siente la brisa salubre, siente la sal que ésta arrastra del mar sobre sus labios secos. Le da sed, el sol calienta inclemente, la atmosfera húmeda y los 31º de esa tarde parece que fuesen a incinerar sus cabellos, así lo siente ella; se acerca a un local, donde hay un llamativo letrero de colores amarillo, verde y rojo que dice “Coconut Watta”, al lado hay un cartel que tiene escritas *las propiedades del agua de coco,* Teresa lee que es buena para purgarse, para limpiar el cuerpo y desparasitar el intestino, ella se ríe y piensa que ojalá fuese así; le da un sorbo a su coco, y está sentada allí contemplando el paisaje, absorta en la gama de colores azules del mar, cuando voltea, y a unos metros ve al joven del restaurante, el mismo que hablaba con Henry, el mismo del vino. Teresa lo sorprende mirándola y él gira la cabeza hacia otro lado. Ella se incomoda y decide levantarse, se dirige al vendedor de Coconut Watta-¿Cuánto le debo?- El vendedor, enarca una ceja y le dice que ella ya le pagó. Ella lo mira confundida, y le responde que es el calor que la tiene olvidadiza; apresura el paso, a media cuadra de su casa, se voltea, y a varios metros ve al joven del restaurante, viene caminado detrás de ella; por alguna razón se siente atemorizada, apresura el paso y llega a su casa, entra y rápidamente observa por la ventana, el joven camina frente a su casa, sigue de largo, pero se detiene y mira en dirección a ella, Teresa cierra la cortina, y cuando vuelve a asomarse a la ventaba, el joven ya no está. Pasan unos minutos y Teresa se tranquiliza, olvida el tema, y sube a la terraza donde la espera aquel lienzo, da un par de pinceladas, pero no pasa mucho tiempo cuando se frustra por no ser capaz de plasmar algo que comunique sus ideas, su sentir. Busca su mochila, y se la cuelga; quiere un cigarrillo, pero no sabe dónde los ha dejado, no encuentra la caja. Busca en los gabinetes de sus muebles, en el cuarto y tampoco los encuentra, *¿Dónde están mis cigarrillos?,* piensa. Baja a la cocina a tomarse algo, un whisky, vino, pero no hay una sola botella en la nevera. Cuando aparece una muchacha joven -Hola Sra. Teresa ¿Cómo está? ¿Cómo le fue en su almuerzo?- Teresa la mira y le responde que bien, y le pregunta por sus cigarrillos; la muchacha sonríe y le dice que no sabe, que si quiere ella puede ir a comprar unos, Teresa piensa que sí, pero retira la idea porque no recuerda el nombre de esta muchacha, no quiere parecer grosera y dado que en su casa han llegado en desfile las muchachas que contrataba para el aseo de la casa, le da las gracias de forma amable y dice que mejor dará una vuelta en la playa- el sol está bajando- dice-ya puedo sentarme otro rato en la playa sin tostarme la piel- la muchacha asiente, y Teresa con su mochila colgada al hombro, toma papel y lápiz, y se va para la playa, en ese trayecto piensa en algo extraño, la muchacha en su casa estaba vestida casual, no con uniforme, piensa quizás que la compañía de aseo ya no les exige uniforme para trabajar, piensa en otras jóvenes que ha mandado la compañía, pero le quita importancia. Saca de su mochila el borrador de su obra, aún escrito a mano, con algunos tachones, se remite a las últimas páginas en blanco, y trata de escribir algo, pero no puede, algo se lo impide, está inquieta, mira de nuevo hacia el mar, y quiere darse un baño. Se mete al mar, deja en la arena su obra, sus sandalias, se queda en la orilla. El agua le llega a la cintura. Con alivio siente como su cuerpo se refresca. Se sumerge, y siente el silencio casi sepulcral que hay debajo del agua, pero pronto saca la cabeza y parece escuchar que alguien la llama por su nombre, mira hacia la playa y no ve a nadie, gotas de lluvia caen, *un sereno* piensa, mira a la playa en busca de sus cosas, y divisa una figura, es masculina, agudiza la vista, es él, aquel joven del restaurante, allí se encuentra de nuevo, y está recogiendo sus cosas, ella frunce el ceño, y grita-¡Me están robando!- pero nadie escucha, excepto el joven; Teresa nada de regreso, trata de avanzar contra las olas fuertes que han despertado la lluvia fuerte, ese joven se aleja poco a poco, con la mirada fija en ella, sonriente. Teresa finalmente sale a la orilla, es una mujer de buen estado físico, aunque su pecho parece explotar, puede sentir el latir de su corazón en la cabeza, en sus oídos, siente que sus músculos bombean ácido de batería, le arden, pero llega a la arena de la orilla, grita y el joven vuelve a mirarla, y sigue caminando, ella con frustración y enojo, se sorprende cuando ve a Henry, su editor, caminando hacia el joven, ella grita nuevamente- ¡Henry!- y le hace señas de ayuda, pero ambos la ignoran. Allí todo en su mente tiene sentido: *es un complot,* piensa consternada y enojada. Ese joven estaba allí para aprovechar el más mínimo descuido y robar su trabajo. Teresa sigue corriendo, pero los dos cómplices, entran a su casa, lo que aún más la desconcierta y atemoriza. Ella entra de par en par, gritando que salgan de su casa, pero algo la detiene. El sonido de un saxofón la atraviesa como una flecha, se queda pasmada en la sala de su casa, tarda unos segundos en reconocer el familiar sonido, es una canción, en los próximos minutos *In a Sentimental mood* invade cada espacio de su casa, cada espacio de ella misma, todo en su mente se silencia.

¿Cómo ves a tu mamá hoy?-Pregunta Henry.

-Hay días buenos y malos tío. Hoy es uno de los buenos, no está agresiva; sí inquieta, como siempre, pero no agresiva.

Responde el joven, quien mira a su madre en la mitad de la sala, empapada, absorta, escuchando aquella canción que siempre logra apaciguar su mente y su ánimo.

-Es su canción preferida tío, la ponía todas las tardes cuando era niño, la ponía después de almorzar y bailaba con mi papá, a ellos dos les encantaba.

-Sí recuerdo que a tu mamá siempre le gustó esa música sureña, aunque a mí también, no te lo niego- Le dice Henry y se ríe, pero luego se torna serio y pregunta al joven-¿Crees que te reconozca esta vez?

-No sé tío, ojalá, a estas alturas sólo me conformo con estar cerca de ella el mayor tiempo posible.

-Pues sí, tienes razón- Se queda pensativo, contemplando a su hermana; luego le entrega una libreta de pasta marrón al joven, se trata de un diario- tu mamá dejó esto en el almuerzo- Le dice Henry a su sobrino. Y sale un rato a la terraza.

-Muchas gracias tío.

Al poco rato, una joven, entra a la sala y acompaña a Teresa y su hijo.

-Ella quería cigarrillos Papá, pero se los escondí.

-Lo sé.-Responde el padre a su hija- tu abuela es una atrevida.

Se ríen los dos.

-¿Aun tienes esos cigarrillos?

-Sí Papá.

-Regálame uno.

El joven que en realidad no es tan joven, toma un cigarrillo, lo enciende y piensa “*Ay mi vieja, tú sí estás muy tostada para pensar que te voy a dejar fumar con tu edad”*. A continuación, se acerca a su madre, la abraza, y le sirve una copa de vino.

-Sólo por hoy, es un día especial. Será nuestro secreto- Y le extiende la copa.

Teresa sonríe, pero es una sonrisa de niña chiquita, aquella que se contenta porque le regalan una golosina. Sin embargo, su hijo siente cierta melancolía al ver a su madre bailar sosegada por aquella canción. Ambos escuchan a Duke Ellignton y a John Coltrane. La canción inunda la sala de la casa. El joven toma el diario de Teresa y lee la primera página:

*“Antes que olvide lo que voy a escribir dentro de poco, quiero salvar una parte de mi memoria personal, la de mi familia, la mis años enseñando en esta isla, antes que mi memoria falle y ya no me tengan paciencia quienes me rodean; cuando olvide bañarme, arreglarme, cuando olvide cepillarme los dientes, lavarme las manos; mi memoria ira carcomiendo sagaz los pocos recuerdos que me quedan. Pero antes quiero salvar algo de mí, algo de mi integridad; es curioso, porque siempre he escuchado que los años no vienen solos, la vejez no viene sola, que siempre trae algo, viene con algo. A mí en particular, me trajo la enfermedad del olvido…”*

En esta tarde caribeña en Sound Bay, el mar se ve azul a través de la ventana de la sala, las gotas de lluvia pegan con suavidad en el cristal de las ventanas. El joven, contempla a su madre y fuma su cigarrillo. A continuación, Henry regresa de la terraza, se despide de sus sobrinos; ve a Teresa, su hermana, inmersa en la canción que suena. Ella lo mira, con ojos ausentes, vacíos; él le da un beso en la frente.

-Feliz cumpleaños Teresita.-Y se marcha.